

DOMINGO IV DE CUARESMA

Jesús fue causa de una gran alegría para aquel ciego de nacimiento a quien otorgó la vista corporal y la luz espiritual.

El ciego creyó y recibió la luz de Cristo.

En cambio, aquellos fariseos, que se creían en la sabiduría y en la luz, permanecieron ciegos por su dureza de corazón y por su pecado.

¡Cuán necesaria nos es la luz de Cristo para ver la realidad en su verdadera dimensión! Sin la luz de la fe seríamos prácticamente ciegos.

Este Evangelio relata el duro proceso que tiene como final la fe en Jesús. Es un camino que humanamente nos parece lleno de renunciaciones, de contradicciones y rechazos, pero que se superan y se asumen desde la luz de Dios, que nos atrae poderosamente, con la que se ven las cosas en su verdadera realidad.

Desde el mismo momento que el ciego comienza a ver, empiezan todas las dificultades: la soledad, el abandono, el rechazo y la exclusión. Pero en ningún momento renuncia a la fe, porque ha experimentado que la luz que le ha dado Jesús vale más que todo. En esto consiste la ceguera: en no tomarse en serio a Cristo que quiere iluminar mi vida. En Él se encarnó Dios, y en Él nos encontramos con Dios, que es la verdadera felicidad. La confianza en Dios pasa por vivirlo todo desde la luz, que es Cristo, incluso las dificultades y contradicciones, la luz que es la esperanza de vivir eternamente con Cristo.

Nosotros hemos recibido la luz de Jesucristo y hace falta que toda nuestra vida sea iluminada por esta luz. Más aun, esta luz ha de resplandecer en la santidad de la vida para que atraiga a muchos que todavía la desconocen. Todo eso supone conversión y crecimiento en la caridad.

Sólo una cosa nos puede apartar de la luz y de la alegría que nos da Jesucristo: el pecado, el querer vivir lejos de la luz del Señor.

Cuántos rincones de mi corazón y de mi vida transcurren bajo la tiniebla o la penumbra, que necesitan sanación.

Desgraciadamente, muchas personas, y a veces nosotros mismos, nos adentramos en este camino tenebroso, y perdemos la luz y la paz. San Agustín, partiendo de su propia experiencia, afirmaba que “no hay nada más infeliz que la felicidad de aquellos que pecan.”

Pidamos a la Virgen María y a San José, vivir siempre con Cristo todas las circunstancias de nuestra vida, para dejarnos iluminar y sanar por Él.